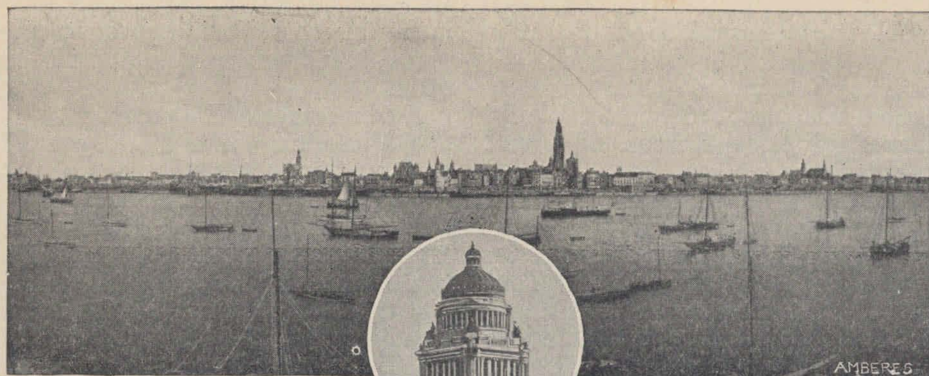
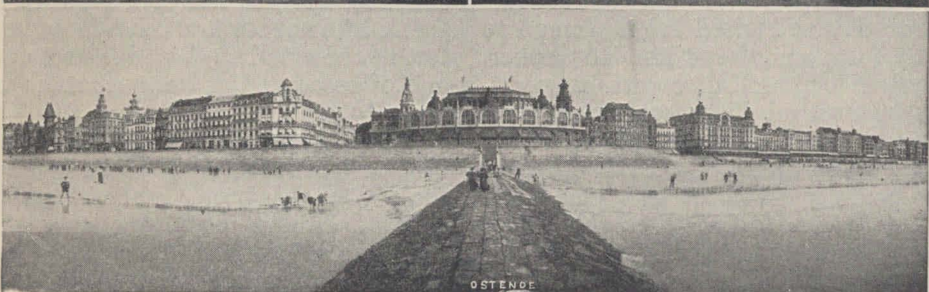
CIUDADES Y PUERTOS DE BÉLGICA Y HOLANDA


AMBERES


BRUSELAS


ROTTERDAM


AMSTERDAM


OSTENDE

En Bélgica hay algunas ciudades hermosísimas, entre las cuales descuella Bruselas, que es un verdadero París en miniatura, y Ostende, célebre en la historia del comercio mundial. El Palacio de Justicia de Bruselas es uno de los más bellos edificios de Europa. Amberes figura entre los mayores puertos comerciales del mundo y su tráfico anual asciende, en tiempos normales, a unos quinientos millones de pesos oro. En categoría análoga se hallan los puertos holandeses de Amsterdam y Rotterdam, citados entre los principales del continente.



En Holanda los canales surcan el terreno en todas direcciones: sobre sus dilatas llanuras vense girar las aspas de los molinos de viento, empleados para extraer el agua del terreno y desecarlo.

BÉLGICA Y HOLANDA

UN río de larguísimo curso y singular belleza sirve de lazo de unión a dos países lejanos, y de configuración enteramente distinta; el uno es el más alto y montañoso, y el otro, el más bajo y llano de Europa. Desde las elevadas montañas de Suiza baja el Rin, saltando rumoroso, como muchacho retozón, hasta que entra en las tranquilas aguas del lago Constanza. De allí, con redoblado vigor y poderío, se precipita espumante entre las rocas de Schaffhausen; y, ya adulto y prudente, se abre paso directa y rápidamente hacia el Norte; luego, bello, fuerte y prolífico, recorre kilómetros y kilómetros, por el suelo de Alemania. Franqueada la gran puerta de las Siete Montañas, cerca de Colonia, refrena su curso, como envejecido; y finalmente, tiende sus cansados brazos, y parece que a tientas va en busca del océano, donde termina su vida en paz.

El triángulo de tierra baja que, a orillas del mar del Norte, entre Francia y Alemania, yace entre los brazos del Rin, y alrededor del curso inferior del Mosa y del Escalda, allí donde la gran llanura del Norte es más deprimida, ha sido conocido en la historia con el nombre de Países Bajos.

A pesar de ser pequeña, esta región está dividida en dos Estados distintos. Holanda—llana, baja, con muchos ríos, canales y pantanos—es la parte mayor, más al Norte, y más especialmente dentro del delta del Rin. Bélgica, al Sur, tiene poco más de ochenta kilómetros de costa, y es un país formado también por terrenos bajos—desaguados por el Mosa y el Escalda—y por las elevadas regiones de los Ardennes, con sus montes cubiertos de bosque, algunos de los cuales miden una altura de cerca de mil metros.

Es en extremo entretenido y variado un viaje a estos países, para visitar sus espléndidas ciudades antiguas, llenas todas de recuerdos, y contemplar sus verdes llanuras, surcadas por largos y profundos canales; sus magníficas carreteras, delicia de caminantes y automovilistas; sus molinos de viento, sus barcas que de lejos parecen navegar por los prados vestidos de verdor, y ver después, al sudeste, sus lozanos bosques y los espumosos torrentes de sus colinas.

El puerto de Rotterdam es verdaderamente la puerta de honor para entrar, por mar, en Holanda, y comprender inmediatamente el carácter especial de su belleza, tan extraña e interesante. Otra entrada en los Países Bajos es por la ría del Escalda, en Amberes, puerto vastísimo, unido por caminos de hierro y canales, no solamente al resto de Bélgica, sino también a las ciudades industriales del bajo Rin, a más de 160 kilómetros de distancia, y

en continua comunicación comercial con los países ultramarinos. Bruselas, la capital de Bélgica, en el centro del reino, es tan alegre, tan rica de bellos edificios y espléndidos almacenes, que a menudo se la llama « París en miniatura ».

LA LUCHA DE LOS HOLANDESES CON EL MAR

Al Norte de Rotterdam está La Haya, la bellísima capital holandesa; y luego, Utrecht, Leyden y Haarlem, famosas en la historia, y Amsterdam, la mayor ciudad de Holanda, situada sobre un brazo del Zuyder-Zee (Mar del Sur). El Zuyder-Zee es el mar más moderno del mundo, pues se ha formado hace solamente 600 años, cuando las aguas invadieron la llanura, barriendo pueblos y granjas, con todos sus habitantes. La mayor parte de Holanda está más baja que el nivel del mar.

Un antiguo proverbio holandés dice: « Dios hizo el mar y nosotros la costa ». Durante más de mil años, la construcción de esta costa fué el primer deber, el primer pensamiento de los habitantes, que deseaban proteger y asegurar su país, librándolo del furor de los temporales y de las mareas. Viajando por Holanda, queda uno maravillado de una técnica tan admirable en cuestión de ingeniería hidráulica.

Si nos colocamos encima de uno de aquellos grandes diques, enormes murallas que separan a Holanda del mar del Norte, observaremos que el dique no tiene menos de veinte metros de altura, y es tan ancho, que se puede pasar en coche, cómodamente, entre dos hileras de árboles y casas.

UN PAÍS DONDE LOS PECES ESTÁN MAS ALTOS QUE LA GENTE

Hoy el mar está tranquilo y lame manso la parte exterior de los diques; mañana la azotará con sus ondas furiosas. Los barcos, costeando el dique, se asoman a ver la carretera, las casas, y los árboles.

Mas, por la parte interior, el dique desciende hasta los verdes prados, de suerte que desde lo alto vemos allá abajo las chimeneas y los tejados de las casas, y los árboles poblados de nidos; es decir, que los peces, por la parte externa de la muralla, están más altos que la gente, y hasta que los pájaros.

Estos diques solidísimos, están construídos con piedra, cemento y ramas de sauce, y hacen frente a las furias del mar; pero es preciso no descuidar la constante vigilancia que requieren, para evitar el que se produzcan filtraciones (las cuales serían en extremo peligrosas), y para conservar las esclusas y compuertas en perfecto estado de funcionamiento.

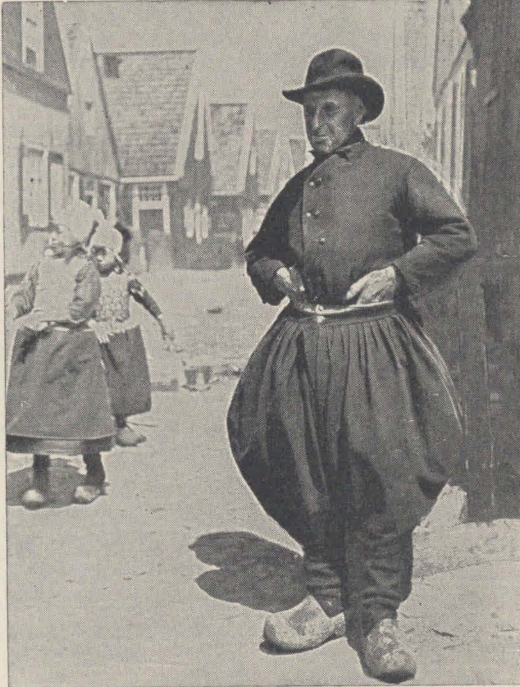
Hay también otras altas y fuertes murallas alrededor de los lagos y sobre las orillas de los ríos, los cuales se hinchan en impetuosa corriente cuando las nieves de los apartados Alpes se liquidan; y, por todas partes, se ven canales y zanjas para regular el nivel, a fin de que éste permanezca siendo más bajo que el del terreno circundante. En algunos lugares las bombas no descansan jamás, movidas por molinos de viento, cuyas grandes aspas dan al país su especial fisonomía. El holandés ha encargado a su cruel enemigo, el viento, la ejecución de la mayor parte de su trabajo personal. No sólo la tarea de secar el terreno, sino también el moler los granos y aserrar las maderas son trabajos del molino de viento. Muchos de los lagos holandeses han sido formados desecando pantanos: empresa de enorme costo y dificultad. Cuando se va en tren de La Haya a Haarlem se ve uno de los más grandes *polders*, o lagunas desecadas, convertido en un valle de verdes prados y campos fertilísimos.

UNA CIUDAD DE ISLAS, CON CALLES DE AGUA Y 300 PUENTES

Es digno de ver, en los primeros días de primavera, cómo esta tierra conquistada a las aguas está toda florida, especialmente de tulipanes, los cuales han dado fama a Holanda. En muchas ciudades las calles están atravesadas por canales; Amsterdam, por ejemplo, construído, como Venecia, sobre varias islas, tiene 300 puentes. El terreno es tan húmedo, que, generalmente, los

cimientos de las casas están reforzados con pilotes. Erasmo, el gran sabio de Rotterdam, quiso aludir a esto, cuando dijo que conocía una ciudad, cuyos habitantes vivían como los cuervos sobre árboles.

Todo el territorio que constituye el actual reino de Holanda, es sumamente llano, según ya hemos dicho. Desde lo más alto de una de las bellas y antiguas torres de sus catedrales, puede contemplarse el magnífico panorama que se extiende en torno, por muchísimos kilómetros, antes de quedar recortado por la lejana línea del horizonte. Es una vista maravillosa, y casi deslumbradora, cuando el sol brilla, y el agua reverbera por todos lados, y las banderolas y gallos de bruñido bronce chispean sobre los campanarios, y los relucientes rieles del ferrocarril tienden por las llanuras sus cintas de plata. También las velas de las barcas, a lo largo de los canales, despliegan su nítida blancura sobre el verdor de los prados. Pero lo que verdaderamente causa un efecto fantástico, es ver esas velas cruzar entre los árboles, tanto más, cuanto que los bordes de los canales son más altos que los campos colindantes. Una luz suave se esparce por doquiera, esfumándose en esos delicados tonos, que los pintores holandeses saben reproducir con tanta perfección.



UN TIPO DEL PAÍS, EN UNA CALLE DE HOLANDA

No obstante ser los holandeses muy industriosos, por cualquier sitio de Holanda que vayamos, veremos a los hombres con sus anchas bragas o pantalones aglobados, ir de aquí para allá fumando y charlando.

Holanda ofrece en invierno aspecto completamente distinto. En vez del verde brillante, un albor níveo se extiende por todas partes; las argentadas superficies de los canales helados se muestran pobladas de patinadores de toda condición: médicos que van a visitar a sus enfermos, niños que se encaminan a la escuela, obreros que acuden al trabajo. Los holandeses son admirables patinadores.

Los Países Bajos ocupan un lugar preeminente en la historia del arte, por la excelencia de sus pintores. La escuela flamenca —que comprendía artistas tanto holandeses como belgas — ha producido obras maestras, que enriquecen las mejores colecciones de cuadros. Los nombres de Rembrand, Rubens, Franz Hals, Van Dick, son por demás conocidos. Las galerías y museos de las ciudades holandesas y belgas están llenas de valiosísimos lienzos de estos pintores, que han reproducido en cuadros históricos, en retratos, en escenas domésticas, la historia y la vida de su país, con una fidelidad y riqueza de pormenores, verdaderamente asombrosas.

Dejemos ahora, por un momento, a Holanda y Bélgica modernas, tan activa y poblada una como otra, y echemos una ojeada a su historia y a las luchas que hubieron de sostener por la propia independencia—luchas que vigorizaron de tal suerte las fibras de su patriotismo, que hicieron a estos países, durante siglos, y en muchas cosas, maestros de otras naciones.

HISTORIA DE LOS PAÍSES BAJOS

Los Países Bajos no eran más que una triste llanura pantanosa, cerrada entre inmensas y sombrías florestas, cuando, por primera vez, se oye hablar de ellos en la época de la civilización romana.

Durante siglos y siglos, sus numerosos ríos habían ido amontonando a las orillas légamo y fango. Los antiguos celtas, que habían escogido estas comarcas pantanosas por morada, vivían como castores entre los enmarañados matorrales, a la desembocadura del Rin. Mas, cuando los romanos llegaron allí, ya algunas tribus germánicas habían desalojado a los celtas. Entre estos germanos, los bátavos y los frisones se señalaron, especialmente por su valor, por el amor a la independencia, y por la obstinada firmeza con que protegieron a su país. Y los que entre ellos se alistaron en las legiones romanas, se distinguieron por su fuerza y valentía.

En el siglo cuarto, las tribus francas, que llegaron en gran número, siguiendo el curso del Rin, se apoderaron poco a poco del país, absorbiendo a frisones y bátavos y a las demás tribus diseminadas por las bajas planicies pantanosas, hasta que todo el país cayó más tarde bajo el poder de Carlomagno. Este emperador dejó a aquellos pueblos sus usos y costumbres, contentándose con mandarles gobernadores. El fin de Carlomagno era dar riqueza y autoridad a los obispos de las tribus recientemente convertidas al cristianismo; y el poder de aquellos obispos-príncipes, creció aún más después de la muerte de Carlomagno. Bajo del gobierno de los débiles monarcas que le sucedieron, los nobles se hicieron cada vez más independientes y poderosos. Había entonces, además de los obispos de Utrecht—donde tuvo sede la primera iglesia cristiana de los Países Bajos—los condes de Holanda, provincia que más tarde dió el nombre a todo el país.

Los duques de Brabante, los condes de Flandes, y otros, eranamos cada uno de sus respectivos territorios. Un antiquísimo proverbio frisio afirma que la Frisia debía ser libre mientras el viento empujase las nubes y el mundo existiese; y ni aun en los momentos más difíciles olvidaron los frisones sus altivos principios de libertad.

Vinieron después tristes tiempos de feudalismo; los nobles combatían continuamente entre sí, oprimiendo al pueblo, al cual privaban de sus legítimas libertades. Luego, la influencia de los obispos-príncipes aumentaba con su poder temporal, y nadie osaba pensar con criterio propio.

FLORECIMIENTO DE LAS CIUDADES HOLANDESAS Y BELGAS

Es cosa harto conocida que la formación de ciudades importantes ha favorecido la causa de la libertad. Aun cuando las ciudades de los Países Bajos no sean tan antiguas como algunas de Francia, Alemania o Italia, las hay, sin embargo, que datan de tiempo bastante remoto. Cuando el comercio recibió de las Cruzadas un fuerte impulso, las ciudades que se hallaban a lo largo del gran camino de Norte a Sur, crecieron rápidamente en riqueza y poderío. Desde el siglo trece al quince, las ciudades de los Países Bajos mantuvieron grandes relaciones comerciales con las de la famosa Liga Anseática, de la que nos ocupamos en otro lugar. En el siglo catorce había alrededor de Malinas—actualmente centro de los ferrocarriles belgas—3.000 fábricas de géneros de lana; Gante contaba 40.000 tejedores; y los orfebres de Brujas eran tantos, que en tiempo de guerra formaban un regimiento especial. Delf, Haarlem, Rotterdam, Amsterdam, aunque muy a menudo devastadas por las continuas luchas entre señores terratenientes y ciudadanos, eran ciudades riquísimas. Aparte de las telas de lana y de los famosos terciopelos, los telares flamencos producían ya magníficos tejidos de lino; y aun hoy se llaman de Flandes a los lienzos más finos de hilo, y de Holanda a otro género análogo, muy estimado. Añadamos a esto que, entre los más delicados encajes que gozan de bien merecida fama en todo el mundo, se cuentan los de Brujas o Malinas.



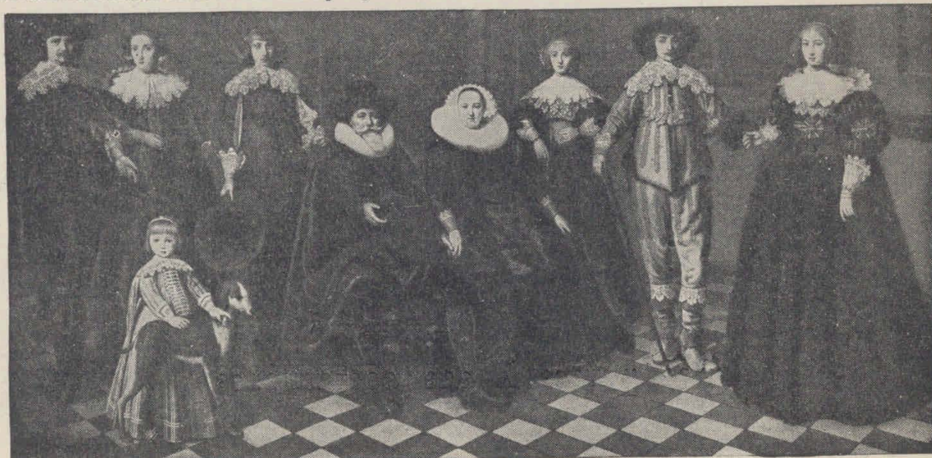
En este cuadro puede verse cuál era la indumentaria de las damas holandesas, en el siglo XVII. Estas cuatro señoras formaban la junta o comisión directora del hospital de leprosos, en Amsterdam.



Escena infantil, en los Países Bajos, cuando los holandeses estaban en el colmo de su prosperidad.



Las casas de los antiguos mercaderes flamencos eran sencillas, espaciosas, y se entraba a ellas por un patio.



Este cuadro representa a un burgomaestre con su familia, en traje de gala: los vestidos son los usados por las clases altas en el siglo XVII, que fué también la época más gloriosa de la pintura holandesa.

Pero en tanto que el comercio y la industria prosperaban y las escenas de violencia se sucedían en las calles de aquellas ciudades florecientes, la lucha contra los elementos era incesante. Si los vientos huracanados acumulaban montes de arena sobre las playas del mar, los holandeses plantaban en ellos hierbas resistentes, que con sus enmarañadas raíces daban consistencia al suelo, formando así un dique natural. Si los ríos se salían de madre, sus orillas eran reforzadas y hechas más altas; y así, poco a poco, a fuerza de paciencia y tenacidad, llegaron a saber construir diques contra las tempestuosas mareas, a excavar canales, y a desecar lagos y pantanos.

De cuando en cuando, no obstante, se vengaba el terrible mar, de improviso y ciegamente; y así fué que en el siglo trece el océano invadió a Holanda y formó el Zuyder-Zee. Sin embargo, los holandeses no se han resignado a sufrir esta intrusión del mar en su territorio, y vienen madurando proyectos para desecar esta gran extensión de agua; de modo que algún día el Zuyder-Zee será de nuevo vasto territorio fertilísimo.

VICISITUDES POR QUE PASARON LOS PAÍSES BAJOS ANTES DE CONSTITUIR NACIÓN

Estos esfuerzos de vigilancia, de tenacidad y valor, repetidos de generación en generación, han hecho de los holandeses un pueblo prudente, avisado y decidido; pueblo pequeño en número, pero capaz de luchar contra las más poderosas naciones.

Densas y amenazadoras nubes se cernían sobre el horizonte de Holanda, después que, a fuerza de secuestros, compras, sucesiones, matrimonios de herederos femeninos, etc., la parte más considerable de sus Estados había pasado al dominio o influencia de los duques de Borgoña. Deseaban éstos anexionar a sus Estados, la Suiza por una parte, y los Países Bajos por otra, y formar así un reino que se extendiese entre Francia y Alemania.

No siendo de tal parecer el astuto Luis XI, mantuvo incesantes guerras con el duque de Borgoña, Carlos el Temerario. De la única hija y heredera de éste, María de Borgoña, los holandeses obtuvieron decretos, y estatutos que garantizaban su libertad, la cual fué más plenamente confirmada cuando los representantes de sus Estados generales se reunieron en una primera asamblea oficial.

La joven duquesa María se casó con Maximiliano de Habsburgo, duque de Austria y después sacro emperador romano. Su hijo, más tarde Felipe I el Hermoso, heredero de los dominios maternos, contrajo matrimonio con Juana la Loca, hija, a su vez, de los reyes católicos, Fernando e Isabel.

De Felipe I y Juana la Loca nació el famoso Carlos V, el cual empuñó las riendas de muchos Estados, entre ellos, los Países Bajos, Austria y España, naciones todas que se odiaban unas a otras. Los privilegios de libertad de los Países Bajos corrían gran riesgo bajo del gobierno de Carlos V, que acabó uniéndolos a sus inmensos dominios de España y sus colonias.

Su hijo, Felipe II, apellidado «el Prudente», hombre de indomable tesón e incapaz de transigir en lo que él consideraba justo, no acertó a conciliar las libertades de los flamencos con sus derechos de soberano y gobernante; y así, éstos se sublevaron, alentados por las naciones enemigas de España. Siguióse una guerra larga y dura.

Cada ciudad, cada palmo de tierra, en los Países Bajos, tiene su historia de heroísmo en esta campaña, cuya figura más brillantes fué Guillermo el *Taciturno*, príncipe de Orange, nombrado estatúder, capitán y almirante general. Asesinado en 1584, le sucedió su hijo Mauricio, que continuó la guerra contra España, aumentando durante su gobierno el poder y riqueza de la República. En todo este período, y con anterioridad, se señaló por sus proezas militares y dotes de gran capitán Alejandro Farnesio, que derrotó repetidas veces a los rebeldes, tomándoles las plazas de Maestricht, Courtenay, Breda, Amberes, la Esclusa y muchas otras, y que seguramente habría logrado sojuzgar todo el



Este grabado representa a varias muchachas holandesas, a orillas de un ancho canal, arrancando los yerbajos de entre las piedras del muelle.



Las casas típicas holandesas tienen fama por la extremada limpieza que en ellas se nota, y por la originalidad del decorado, del cual forma parte importante la loza, según puede verse aquí.

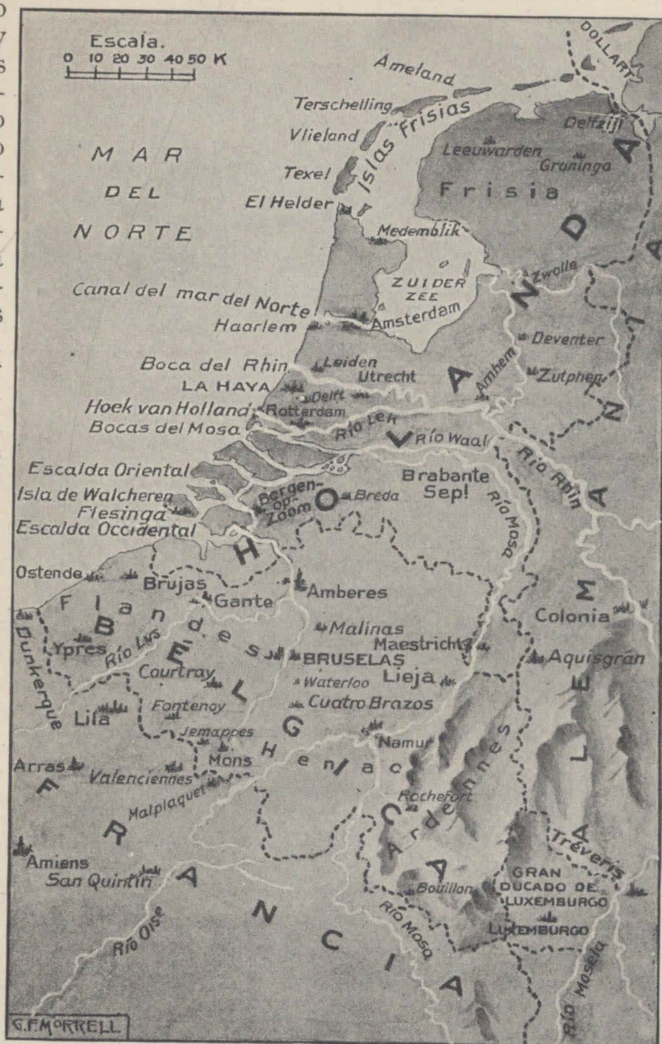


No es posible confundir un grupo de niños holandeses con los de otros países; su traje nacional es fácil de reconocer, por las cofias, los delantales tan abultados, y los amplios pantalones.



Los holandeses han luchado en el agua y contra el agua, desde siglos atrás, y así son casi instintivamente amos de las olas. Los niños holandeses se encuentran en el agua como en su casa, y en ella juegan, corren y saltan, como vemos en este grabado.

país, a no haber tenido que suspender a menudo las operaciones, para acudir en auxilio de los católicos franceses. En 1609 se pactó la tregua de doce años; pero se renovaron las hostilidades en 1621, cuando Felipe II y sus grandes caudillos habían bajado ya al sepulcro y la decadencia de España se había iniciado de una manera ostensible. Los holandeses, ayudados por Francia, obtuvieron cada vez mayores ventajas; y al mismo tiempo desenvolvieron su marina y comercio, establecieron factorías en las Indias Orientales y produjeron grandes hombres en ciencias y artes, descollando, sobre todo, en la pintura. Cuando ya de hecho habían reconquistado su independencia, les fué reconocida por la paz de Westfalia, en 1648.



PROSPERIDAD DE LOS PAÍSES BAJOS

Con la paz volvió a florecer el comercio en los Países Bajos, y fundada por la reina Isabel de Inglaterra la famosa *East India Company*, para el comercio con el Oriente, Holanda se aprestó para un porvenir de prosperidad; los marinos holandeses, maestros en la pesca en el tempestuoso mar del Norte, atravesaron el océano, se apoderaron de las colonias españolas y portuguesas, y lucharon a veces rudamente con los ingleses.

La fundación de Nueva Amsterdam, en América, de Batavia en la isla de Java, y otras muchas, comprueban la potencia colonial holandesa.

En su propia patria, comenzaron a desecar lagos y pantanos, y las ricas praderas, así conquistadas, nutrían el más bello ganado de Europa. La manteca y el queso de Holanda gozan, desde siglos, fama mundial: los forrajes, las raíces comestibles y los tulipanes crecen magníficamente en los prados holandeses. Los hijos de Holanda han enseñado al mundo entero el arte de la jardinería y del cultivo de los terrenos. Y fué también en aquel tiempo,—en 1600—cuando Holanda llegó a ser el primer centro editorial de Europa, publicando a millares libros de historia, de viajes, de leyes y de medicina. La talla y montadura de los diamantes, hoy día floreciente aún en Amsterdam, daba trabajo a gran número de nota-

bilísimos artífices. En el siglo diez y seis la rivalidad naval entre Holanda e Inglaterra fué muy aguda, y dió ocasión a obstinadas batallas.

En tiempos de Luis XIV, Francia conquistó una parte del territorio de los Países Bajos, que había pasado a Austria, y avanzó hacia Holanda. Para salvarse, los holandeses abrieron los diques, mas las aguas se helaron y las tropas francesas se adelantaron sobre el hielo y atacaron La Haya; un improviso deshielo salvó al país de la destrucción.

Era por entonces jefe de la República un biznieto de Guillermo el Taciturno; se llamaba también Guillermo y había tomado por esposa a María, hija de Jacobo II de Inglaterra.

En el siglo diez y ocho disminuyó la importancia de las provincias unidas de la república holandesa; hubo graves revueltas en el país, por lo que se acudió a la intervención del rey de Prusia. Mas la Revolución francesa era inminente, y en breve tiempo el mapa de Europa sufrió grandes cambios; en esta época las siete provincias unidas formaron la república bátava. Pocos años después, Napoleón hizo de ellas un reino para su hermano Luis, a quien no tardó mucho tiempo en destronar, uniendo Holanda y las provincias restantes a Francia. «No son sino sedimentos de los ríos franceses—decía Napoleón—y por tanto me pertenecen». La batalla que decidió el fin de Napoleón—y de la que nos ocupamos en otra parte de esta obra—tuvo lugar en Waterloo, no lejos de Bruselas.

EL REINO DE BÉLGICA, DE RECIENTE FORMACIÓN

Luego que el Congreso de Viena hubo rehecho el mapa de Europa, los Países Bajos se unieron en un solo reino, bajo otro Guillermo, príncipe de Orange. Mas, el Norte y el Sur de estos países no podían marchar de acuerdo; la diferencia de carácter y religión abría entre ambas regiones un abismo; diversas eran también las cualidades naturales o adquiridas; y en 1830, después de una revolución, las viejas provincias hispano-neerlandesas, más tarde austriacas, se constituyeron en el reino de Bélgica, bajo de un príncipe alemán, Leopoldo de Coburgo.

Las provincias del Norte formaron el reino de Holanda, bajo del príncipe de Orange; y las dinastías de Leopoldo y de Guillermo reinan aún sobre las dos naciones, si bien en el momento que escribimos estas líneas, Bélgica se halla de hecho bajo el dominio de Alemania, que la ha conquistado en los comienzos de la guerra con las principales potencias de Europa. Bélgica sufre hoy los horrores de la desolación; pero anteriormente había venido progresando de un modo admirable. Los grandes terrenos carboníferos del Norte de Francia han pasado a Bélgica, cuya red de ferrocarriles es tan tupida; hay en el país minas de hierro, de zinc y fábricas de todas clases, capaces de dar trabajo a millares de obreros.

Lieja, situada sobre el Mosa, es un gran centro de industria mecánica; en muchas ciudades se tejen magníficas telas con lino cultivado en las cercanías y macerado y blanqueado con el agua de los ríos; Gante es centro de industrías textiles, produciendo grandes cantidades de tejidos de lana y algodón.

UNA IMPRENTA, TAL CUAL ERA HACE TRESCIENTOS AÑOS

El movimiento del puerto de Amberes, al cual llegan y del cual, en tiempos normales, parten continuamente barcos para todas las partes del mundo, es un bellísimo espéctaculo. Pero una de las cosas más curiosas y raras de Amberes es la famosa imprenta antigua llamada *Musée Plantin*, con sus tipos, planchas y demás útiles tal cual estaba en el siglo diez y seis, cuando Plantin imprimía la famosa «Políglota Regia» para Felipe II, bajo la dirección exclusiva y personal del prodigioso sabio español Arias Montano.

En las ciudades belgas y holandesas se lee la historia de lo pasado, en cada piedra que se encuentra al paso. Catedrales estupendas, ayuntamientos, edificios de todo género, con los cuadros y recuerdos que encierran, son elocuentes

testigos del genio y laboriosidad de los belgas y holandeses.

Entre el mar y Amsterdam, se prolonga el famoso canal del mar del Norte, que evita a los barcos el rodeo de las islas nord-holandesas. Tiene cerca de 24 kilómetros de largo.

Amsterdam y Rotterdam, en que el comercio es enorme, son interesantes además por sus colecciones de pinturas y objetos artísticos, especialmente el museo Ryks de Amsterdam.

LA HISTORIA DE BÉLGICA DESPUÉS DE SEPARARSE DE HOLANDA

Después de la separación de Holanda, Bélgica ha llegado a ser más próspera y floreciente. Los habitantes, semejantes a los franceses, es una raza muy amante a su nación, no emigra y el pueblo crece de tal modo que es el más compacto de Europa.

Las grandes minas de carbón del norte de Francia se extienden hasta el interior de las provincias orientales de Bélgica, donde también se encuentra algún hierro y zinc. Una riquísima industria mineral se desarrolla en esas provincias y debido a tanta abundancia de carbón, Bélgica se ha convertido en un importantísimo país de manufacturas.

Lieja, a orillas del Mosa, es un gran centro de ingeniería y Lens una magnífica ciudad minera. Las antiguas fábricas por las que Flandes fué tan famosa, no han sido olvidadas. El lino crece continuamente en grandes cantidades; riquísimo comercio de lana y algodón embellece a Gante y en Bruselas y otras ciudades se hacen encajes muy finos y preciosos.

Ya sabemos que Bélgica es una monarquia constitucional gobernada por un rey. La Legislatura está compuesta por la Cámara de Representantes, elegidos por cuatro años, y el Senado, elegidos por ocho años. El rey es comandante-en-jefe del Ejército.

En 1914, Alemania, que estaba en guerra con Francia, invadío a Bélgica, tanto que sus ejércitos llegaron hasta el extremo septentrional de Francia, donde no hay montañas. Las tropas bélgas se opusieron a los alemanes, peleando con gran valentia y heroismo; pero su número era muy inferior para hacer retroceder a la inmensa ola de soldados que Alemania habia enviado al frente de ellos. Sin embargo, poco a poco tuvieron que retirarse hasta quedarles un pequeño espacio que ni siquiera pudieron tomar. De todas maneras, Bélgica quedó completamente infestada y destrozada por las crueldades alemanas. La ciudad de Lovaina con su gran universidad y su valiosa biblioteca de antiguos manuscritos fué quemada, muchos tesoros de arte y arquitectura se perdieron en todo el país. Fábricas, industrias, el comercio y la agricultura fueron destruidos por la guerra y con pocas excepciones los habitantes del país quedaron reducidos a la mayor miseria.

No obstante, tan pronto el armisticio fué firmado a fines de 1918, el heroico pueblo comenzó el trabajo de reparación de las regiones devastadas por la guerra, y en menos de cinco años, reconstruyó 40,000 casas, 350 edificios públicos y más de 1,300 millas de carreteras, reparando a la vez casi todos los puentes y canales, en cuyo trabajo se invertieron más de 16,000,000,000 de francos.

Bajo el Tratado de Versalles, Alemania cedió a Bélgica los territorios de Eupen, Malmedy y Moresnet, agregando así a su superficie 371 millas cuadradas y 64,250 habitantes más entraron a formar parte de la población del pequeño reino.

Bélgica tiene una riquísima posesión en su gran Colonia del Congo, cuya historía podemos leer en otro capítulo. Bastante abastecimiento de goma elástica viene del Congo; los bosques son ricos en árboles de maderas finas para construcciones y en los cerros hay abundancia de minerales.